

—¿Sabes, Gustavo, ahora que puedo confesártelo, que la primera vez que te vi en la calle en la puerta del hotel mi pobre corazón enfermo cesó pronto de latir? Te he sentido tan luego como te he visto, y he encontrado en ti mi destino.

—Lo mismo exactamente me ha sucedido contigo, Paula; únicamente te conocía por el retrato y has sido para mí una verdadera sorpresa.

La joven le rodeó el cuello con ambos brazos y murmuró en voz baja aplicando los labios á su oído;

—¡Oh! Gustavo, tú dices eso únicamente por complacerme.

—No, querida mía, que es tal como lo siento.

—En ese caso has ocultado tus impresiones con una habilidad maravillosa, infinitamente mejor que yo.

—Ya sé que soy torpe; estoy poco acostumbrado á galantear á las mujeres.

—No es cuestión de galanteos; hay muchos modos de galantear; pero tú eres un bloque de nieve; ni con una palabra ni con una mirada había forma humana que llegara á interesarte.

— Quiero desquitar el tiempo perdido—dijo Gustavo.

Y la atrajo hacia él á fin de besarla en la boca y en los ojos.

—Yo no debiera estarme de este modo—añadió Paula sin intentar siquiera el menor esfuerzo para defenderse de las caricias de Bruchstaedt—. Tú no lo has merecido; yo he tenido que andar todo el camino para llegar á ti, mientras que tú no has avanzado un paso.

Gustavo interrumpía con sus besos su conversacion á cada instante, hasta el punto que sólo se le hacía posible pronunciar palabras entrecortadas.

—Ahora debes despreciarme, ¿no es verdad? Habla.

—Paula, ¿te crees tú digna de desprecio?

—No lo sé... si yo fuera hombre... Como mujer veo las cosas bajo otro punto de vista; por más que me lo propongo no puede conseguir arrepentirme; encuentro en mi amor una justificación suficiente, y sin embargo, no debiera haberme arrojado en tus brazos.

—Con lo cual vienes á decir que no sientes ningún arrepentimiento.

—No, ninguno; es decir, en un solo caso. Gustavo, ¿tú me amas?

—Te amo, Paula.

—¿Cómo me amas?

—No encuentro modo de decírtelo, sería preciso hacerlo en verso.

—No; ¿tú me amas como yo te amo?

—Por lo menos.

—Más, sería para mí demasiado.

Á este diálogo se siguieron nuevas caricias enervantes, durante las cuales desapareció todo pensamiento y no fueron interrumpidas por una sola palabra. Cuando Paula, al cabo de algún tiempo, abrió los ojos cerrados por el éxtasis de la voluptuosidad y se fijó en el reloj colocado antes por ella sobre la mesa de noche, se desprendió de los brazos de Gustavo y saltó rápidamente de sus rodillas, sobre las que hasta entonces había estado sentada.

El profesor hizo un ademán para detenerla, pero la joven le dijo:

—No, Gustavo, tengamos juicio: son las once y media y es preciso que hablemos tranquilamente.

Cogió una silla y se sentó frente á Bruchstaedt.

—Dime, Gustavo, ¿qué va á ser de nosotros?

—¿Á qué ocuparnos del porvenir? vivamos en el presente, pues es tan hermoso...

—Sí; pero el porvenir también tiene sus derechos, ¡y si esta hora... y si esta hora no tiene sucesión!...

La miró como asustado, y al cabo de algunos momentos murmuró:

—Puesto que estamos bien, ¿á qué inquietarnos por adelantado?

—Yo soy de opinión que es preciso, sin embargo, examinar la cosa: por un momento nos encontramos juntos; dentro de tres días nos separaremos; entonces todo nos resultará más complicado; así, respóndeme, querido mío, ¿qué haré yo cuando do llegue ese caso?

Sintió que se le oprimía el pecho como si tuviera sobre él una plancha de plomo y como dudando dejó caer estas palabras:

—En ese caso harás un viaje; es preciso buscar un pretexto; esas cosas ocurren todos los días.

—¿No sería mejor que nos casáramos á tiempo?

El profesor hizo un movimiento de sorpresa y permaneció silencioso.

—Porque tú te casarás conmigo, ¿no es eso?—dijo cogiéndole las manos—y despejaremos una situación difícil, haciendo los preparativos á tiempo.

Gustavo no había concluido de reponerse de su sorpresa; contestó vacilando y midiendo una á una cada palabra:

—Paula, no hay todavía motivo para obrar con precipitación; no debemos hacer ante el temor de una posibilidad lejana lo que más tarde es posible que tuviéramos que arrepentirnos.

—¿Yo? ¡jamás!—dijo la joven sonriendo dulcemente.

—Es que tú no lo sabes; un momento de vértigo no debe decidir el porvenir de la vida entera; nosotros no somos ya niños; yo tengo treinta y dos años.

Guardó silencio un instante; la joven comprendió que aquel silencio implicaba una pregunta.

—Estoy avergonzada de mí misma; tengo más edad que tú; veintinueve años.

—No es ciertamente mucha edad, pero sí lo bastante para no obrar con la irreflexión de una colegiala. Tú no me conoces, no sabes mis antecedentes; sería inexcusable entregar de tal modo en mis manos tu destino.

—Eso que dices no tiene para mí aplicación, porque te conozco y estoy al corriente de cuanto te concierne, de igual modo que si hubiera vivido á tu lado desde que naciste; por eso puedo hablar por ti mismo.

—Niña, al hablar por ti, hablo también por mí; te hago una proposición: tomemos para reflexionarlo un plazo de seis meses. Se refrescará nuestra sangre; nos examinaremos con toda calma y tranquilidad y después nos confesaremos con toda lealtad lo que nos dicten nuestras conciencias. Si nuestros sentimientos son, dentro de seis meses, los mismos que hoy, podemos sin dudarlo un instante unirnos para siempre; pero si esto no ha sido otra cosa que la llamarada que produce la hojarasca, en ese caso tú en tu casa y yo en la mía.—Y añadió, acentuando cada una de las siguientes palabras:—Lo sabremos con toda seguridad dentro de seis meses, nos lo confesaremos francamente, y de ese modo nos libramos de cometer una gran locura.

La joven sonrió y dijo con acento de indiferen-

cia, como si no hubiese oído bien las últimas palabras de Gustavo:

—Como tú quieras, querido mío; acordemos, pues, tomarnos seis meses para reflexionar. Pero dime, Gustavo, ¿cuando nos hayamos casado viviremos en Bruselas? Yo desearía vivir en Alemania. ¿No podrías conseguir obtener una cátedra en Alemania?

—Paula—contestó Gustavo con seriedad—, comienzas á faltar á lo convenido. Ese tiempo para reflexionar hay que tomarlo de buena fe y no como una simple formalidad ó una ilusión que se hace uno á sí mismo, no con el prejuicio de que la determinación está tomada por adelantado. Desde hoy, y por espacio de seis meses, te considero completamente libre, y otro tanto debes hacer conmigo. La palabra que nos unirá ó nos separará no debe ser pronunciada hasta... (y se quedó calculando unos instantes) el 24 de Marzo de 1885.

—Bien, bien, queda aceptada la proposición: ¿no le parece á usted que resulta demasiado formalista, señor profesor?

—Ya ves como no conocías mis defectos.

—Por fortuna, conocía tus cualidades.

Y mientras decía esto, sus dedos se perdieron entre la espesa cabellera negra de Bruchstaedt.

—Pero, afortunadamente, eso no tiene importancia; yo me encargaré de tu educación.

Reinaron algunos instantes de silencio, al cabo de los cuales Paula dijo de pronto:

—Pobre Gustavo, yo te hubiera deseado mejor suerte.

Y lo miró con aire interrogativo.

—Tú no sabes con la pobreza que te casarás, si llegas á hacerlo.

—¡Paula! ¡Á qué hablar de eso!—dijo con acento de protesta.

—Es preciso, niño grande. Esas cosas revisten, para la generalidad de los hombres—y no sin razón—, verdadera importancia. Tú debes conocer mi situación. Yo paso, según creo, por gozar una posición desahogada, porque educo convenientemente á mis hijas y sostengo mi rango social.

—No me he preocupado de esto, pero confieso que cuando he visto tus trajes, tus alhajas...

—Sí; de ese modo se engaña á las gentes. Se cree que todas estas cosas cuestan mucho, y en realidad no es así ni mucho menos; para eso se necesita únicamente tener habilidad. Tengo algunas alhajas de verdadero valor: regalos de boda, recuerdos de mis padres y mis tíos; más de una vez he pensado venderlas, pero siempre he concluído por resistirme valerosamente á semejante tentación. Las alhajas son para una mujer las armas con ayuda de las cuales defiende su situación en los salones.

—¡Pero los trajes!...

—Conservo todavía de la época de mi estancia en San Petersburgo algunos trajes de verdadero mérito; los adorno de cuando en cuando de dife-

rentes modos, añadiendo hoy una flor, quitando un encaje mañana, y de este modo parece que siempre llevo nuevos trajes que llaman la atención; todo ello cuesta apenas algunos céntimos, y para ello sólo se necesita un poco de gusto é imaginación.

Y tras reír ligeramente, continuó:

—Nada me divierte tanto como verme hacer la corte por esos caballeros que creen ver en mí un buen partido. Frecuentemente, me digo: Si yo les cogiera la palabra, buen petardo se llevaban. Debiera haber intentado una vez la cosa, aunque sólo fuera para que pagaran la comedia: «Señora, si yo pudiera obtener vuestra mano...» «Yo se la otorgo, querido caballero; pero sepa usted que soy tan pobre como Job, y que antes de casarnos será preciso que me pague usted algunas deudas...» ¡La cara que pondría mi adorador!

—¿Tienes realmente deudas?

—Eso no merece la pena de que nos ocupemos de ello; lo que decía era una broma; yo no tengo muchas deudas, porque hago prodigios en materia de economía; necesito ajustarme á muy limitados recursos. Yo sólo cuento con la ayuda de mi padre, y como nuestras relaciones son algo tirantes, no me gusta mucho tenerle que pedir.

—Creía que era rico tu marido.

—Sí, lo es; pero el fallo del tribunal me fué adverso; la justicia rusa es especial.

—Y sin embargo, has podido quedarte con tus hijas.

—Porque el padre no hace caso de ellas: me las dejó porque yo las quería.

—¿Y no hace nada por ellas?

—Muy poco; casi nada. Está dispuesto á recogerlas si se las dejó, pero hace mucho tiempo que están conmigo y yo no quiero separarme de mis hijas, aunque su situación material sería mejor si estuvieran al lado de su padre. Han sido el único apoyo de mi vida, podría decir que el salvavidas que me ha sostenido sobre la superficie del agua: sin ellas me hubiera ido á fondo.

Su rostro estaba sombrío y sus ojos azules miraban con vaguedad el espacio; después de una pequeña pausa, continuó:

—Ya ves, Gustavo, cuál es mi situación. Te he dicho la verdad desnuda; me he dedicado á la pintura, porque necesito ganar dinero; pero hasta que el trabajo me reporte alguna utilidad, y todavía me ocurre lo contrario, se necesita tener algo de hechicera para poder salir adelante.

—La idea de que puedas necesitar dinero me causa verdadero pesar, y quiero me prometas que en un caso de apuro...

—Con mucho gusto, Gustavo—se apresuró á contestar—. Soy muy orgullosa, pero de ti lo aceptaré todo. El deberte gratitud será para mí una verdadera satisfacción, y para tu tranquilidad, quiero decirte todavía una cosa: te casarás con una mujer pobre, pero en cambio es una excelente ama de casa, lo cual creo que vale algo; tú verás

todo lo que yo soy capaz de hacer con pocos recursos.

—Si el 24 de Marzo decidimos unirnos para siempre, no te olvides nunca de lo convenido.

—No tengas cuidado, que no lo olvido—dijo con tono de contrariedad.

Se volvió con aspecto mohíno; pero algunos besos y algunas palabras cariñosas no tardaron en hacer desaparecer las sombras de su frente.

—Gustavo—dijo levantándose—, es casi mediodía y necesito vestirme; los Baerwald pueden venir á buscarme de un momento á otro.

La joven le echó al cuello los brazos y permaneció unos instantes suspendida; después, el profesor se apresuró á coger el sombrero y recorrió el cerrojo con cuidado.

Paula abrió la puerta y recorrió el corredor de una mirada; no había nadie. Gustavo salió de prisa y pudo dejar el hotel sin ser visto de nadie.

Se dirigió al Elba á fin de dar un paseo y poder entregarse á sus reflexiones. Se sentía descontento de sí mismo; acababa de meterse en una aventura de la que podían resultar complicaciones cuyas consecuencias le preocupaban. Dos horas antes había corrido como arrastrado por una fuerza extraña á la cita, ávido de poseer una mujer, atraído por su semblante, esclavo de sus sentidos furiosamente excitados, y sin embargo, libres sus facultades morales. Ahora, en cambio, estaba tran-

quilo, satisfechos sus deseos; su voluntad había recobrado su imperio, la mujer no ejercía la menor influencia sobre él, pero interiormente no estaba libre. Había perdido su libertad á consecuencia de una falta. No había sido franco; pretendía disculparse á sí mismo, valiéndose de sofismas y asegurándose que no se había comprometido á nada ni hecho promesa de ninguna índole; que no había ofrecido nada en concreto y por lo tanto su libertad de acción no se había enajenado; en una palabra, conservaba una apariencia de libertad.

Paula era, á no dudarlo, una mujer guapa é inteligente que hablaba con fuerza á los sentidos; hubiera deseado encontrar en su camino á un hombre capaz de no dejarse trastornar por ella. Pero... ¿casarse? Esto era una idea en la que sólo podía pensar como si se tratara de un sueño. Aquello le parecía insensato, casi imposible; no quería ni pensar en las razones que existían contra ella; Paula era la encarnación del egoísmo, y estaba enamorada de sí misma como un Narciso femenino. Si tenía un momento de abandono en favor del hombre á quien amaba, era para confirmar la célebre frase de que «el amor es sólo un egoísmo de dos», y ese corto olvido de ella misma no podría perdurar durante una alianza eterna. Era caprichosa, ávida de diversiones, fantástica como un fuego fatuo, mientras que él, acostumbrado á una vida tranquila, ordenada y de traba-

jo, no quería á ningún precio constituirse en el celoso guardián de una voluble mariposa. Y dejando á un lado su carácter, tenía un pasado, una historia, había pertenecido por espacio de varios años á un hombre y era madre de dos niñas. Ante esta idea sintió repugnancia, casi horror. Como zoólogo creía con los naturalistas más distinguidos, no obstante la opinión contraria del ilustre Hermann Setsegast, el creador de la zootecnia, que la mujer conserva siempre el molde del padre del primer hijo, y se encolerizaba ante la idea de que él, hombre joven y vigoroso, con derecho á todo género de pretensiones orgánicas, había de casarse para tener dos hijas que no serían ciertamente suyas.

Pero puesto que sabía todo esto, ¿por qué no le había manifestado desde luego su manera de pensar al hacerle sus estupendas manifestaciones sobre el matrimonio? ¿Por qué no le había contestado inmediatamente: «¿Casarme? ¡jamás! todos mis instintos se sublevan ante la idea de tomar por mujer á la madre de dos niñas hijas de un hombre extraño»? ¿Por qué se había valido de falsas excusas, diciendo que se necesitaba tiempo para pensar? ¿Por qué le había dado motivos para que soñara en un porvenir que nunca llegaría á ser presente? Y ¿por qué le había dicho que la amaba cuando sólo había sentido por ella una atracción sensual que en aquel mismo instante ya no le hacía efecto?

Sí; ¿por qué había sido débil, había sido un sinvergüenza? No quería confesarse que había sido esto y no otra cosa; buscaba explicaciones y excusas á su conducta. No; él no tenía derecho de tratar á aquella mujer como un soldado entregado al saqueo y decirle: «Te he querido, te he poseído y ahora te dejo.» Paula no era una niña, y si se había entregado á él sin ninguna resistencia, era indudablemente porque lo amaba. Todos podían condenarla; él solamente no tenía derecho á hacerlo. Hubiera podido rechazar el sacrificio de su persona, pero su moralidad no llegaba á tanto como para mortificar su carne al lado de una mujer hermosa, y puesto que la había gozado, estaba obligado por lo menos á guardarle atención. Se rebajaría indudablemente ante los ojos de la señora Ehrwein si le confesara francamente que no la amaba y que desde aquel instante le era indiferente; esta confesión lo presentaría ante su propia conciencia como el último de los últimos. Era un suicidio moral que él no podía cometer. Á no dudarle, la verdad tiene sus derechos, pero la vida de un ser humano tiene también los suyos. ¿Qué mal cometía, por último, si en vez de volverle la espalda brutalmente, lo hacía con prudencia, poco á poco, valiéndose de formas caballerescas que concluirían por granjearle hasta la estimación de ella misma? Se había tomado seis meses para reflexionarlo. ¡Cuántas cosas no podían ocurrir en este espacio de tiempo! Recordó la historia

de un ministro persa que había ofrecido á su amo enseñar á leer en diez años á su asno favorito. —En diez años, el sah, el burro ó yo nos moriremos seguramente—contestaba el bueno del ministro á cuantos le preguntaban sobre lo difícil de su empeño. Paula era ligera é inconstante, y en seis meses sin duda alguna que lo olvidaría; sobre todo si evitaba cuidadosamente echar leña al fuego, y esto, afortunadamente, resultaba cosa fácil. Él vivía en Bruselas, ella en Berlín; estaba rodeada de admiradores, frecuentaba los salones, los bailes y los teatros. Su imagen se borraría pronto de su imaginación, y á no dudarle sería ella la que renunciaría antes del 24 de Marzo, día fijado para la resolución definitiva. Así terminaría de la manera más agradable aquella aventura amorosa, y se evitaba hacer confesiones que le resultaban en extremo penosas y que le hubiera sido de todo punto imposible hacer en aquellos momentos.

Con estos razonamientos procuraba tranquilizar su conciencia, que lo acusaba de desleal, lo cual sólo lograba conseguir en parte. Lo mismo que un enfermo del pecho no se atreve á respirar con fuerza, porque comprende que al llegar el aire á cierto límite le ocasiona un golpe de tos, á los enfermos morales les sucede que, al examinar su conciencia, no se atreven á profundizar mucho, porque, de hacerlo, habrían de darse respuestas que no podrían menos de herir su amor propio.

Una carta de Paula que encontró en el hotel, cuando á las dos fué á éste para comer, lo informó de que los Baerwall habían dispuesto ir aquella noche al teatro y que le iban á ofrecer un asiento en la localidad que habían tomado; que no aceptara la invitación y que fuera á verla á las siete. Era la primera vez que veía la letra de la joven. El papel llevaba en una esquina, en relieve, una violeta de color natural; y exhalaba, como Paula, el perfume de esta flor. La letra era cursiva y sus rasgos parecían trazados por un hombre fuerte y enérgico; así que resultaba verdadero contraste entre los caracteres y la redacción de la carta, que comenzaba diciendo

«Dueño mío», y concluía: «la que se siente dichosa de ser tu víctima, —Paula.»

Cuando aquella noche entró el profesor en el cuarto de la joven, la encontró vestida para salir y le dijo después de un ardiente beso:

—Es preciso que salgamos, Gustavo, porque si nos quedáramos aquí llamaría la atención.

Por toda respuesta, siguió besándola.

—Me estropeas el tocado.

Un instante después se había quitado el sombrero, el abrigo y los guantes y se encontraba sentada sobre las rodillas de Bruchstaedt, con la cabeza apoyada en sus hombros y libre de cuantas ropas importunas pidieran defenderla de sus caricias.

Hacia hora y media que se encontraban en el

cuarto, sin luz, cuando el profesor murmuró á su oído:

—Y bien, Paula; ¿no estamos mejor aquí?

—Seguramente; creo que nos encontramos infinitamente mejor.

Se levantó, llegó á tientas á la mesa y encendió una bujía.

Después de arreglarse el cabello ante el espejo, y pasarse una toalla húmeda por el encendido rostro y por los ojos, añadió:

—Es preciso ganar tiempo; ya sabes que tenemos que separarnos pronto.

—Pasado mañana.

—¿No te preocupa eso?

—¿Para qué atormentarnos? ya sabíamos que esta dicha no duraría mucho.

—¿No puedes acompañarme á Berlín?

—No, Paula; tengo ocupaciones en mi casa.

—¡En tu casa! La única patria de un amante es la en que está su amada. Cuando yo vuelva á mi domicilio, me parecerá que no es el mío, porque tú no estarás allí; mi patria sólo se encuentra á tu lado, y de este modo debes sentir tú también.

—Cuando he dicho mi casa, he querido significar mi deber y mis ocupaciones habituales.

—¡El deber! yo odio el deber. ¡Qué hermoso serías si un día te sublevaras como hombre contra el deber, para vivir según tus inclinaciones!

—No sé si eso sería precisamente obrar como hombre.

—Pero, de cualquier modo, sería mucho más vil que someterse vergonzosamente al yugo de reglamentos y de servicios.

—¡Niña! tú tienes formada de un amante la idea que nos dan los volúmenes de poesía romántica: un príncipe joven ó un caballero andante, que no se encuentran sujetos á tiempo ni lugar y todo el mundo lo constituye su amada; que la coloca á su lado sobre su brioso bridón, y si le gustan el sol y las naranjas, cabalga por España, y en un castillo del mar del Norte si le gusta el frío. La vida real no es desgraciadamente tan bella, y los amantes deben contar desde luego y por adelantado con toda clase de acontecimientos prosaicos.

—Ustedes, los naturalistas, son realmente insostenibles—dijo con tono de mal humor—; no hay en ustedes un solo átomo de idealismo. ¡Y pensar que haya venido á caer con un hombre de esta clase!

—¡Eh! Paula, si tú...

Comprendiendo lo que iba á decirle, se apresuró á añadir:

—No tienes necesidad de contestarme á cuanto te diga; déjame algunas veces hablar sin cuidarte de escucharme.

Apagó la bujía, y en la puerta lo besó una vez más en la obscuridad, después lo hizo marchar delante y se le incorporó al cabo de algunos minutos. Se dirigieron por las calles de menos tránsito, cogidos del brazo, guardando un silencio lleno de

encanto, hacia el restaurant de la estación, donde se proponían comer.

Después de un corto diálogo de dulces monosílabos y cambiar unas cuantas frases tiernas, Paula dijo de pronto:

—Mi viaje á Magdeburgo no ha resultado para labrar solamente dichas.

Gustavo le dirigió una mirada interrogativa.

—Mi primer acto al llegar á Berlín será licenciar á un adorador.

—¿Solamente á uno?

—Solamente á uno, pícaro; los otros pueden continuar á mi servicio, no son más que figuras decorativas.

—¿Y ese?

—Es serio, y por ese motivo...

—¿Y quién es ese desgraciado?

Después de algunos momentos de vacilación, observando en la cara del profesor el efecto que le producían sus palabras, dijo:

—El señor Kornemann.

Gustavo no pestañeó.

—¿No te han hablado todavía de él y de mí?

—Me parece que he oído ese nombre, pero no sé nada más.

—Ni hay nada más que saber, Gustavo mío; lo cual no impide las habladurías. Es mejor que te diga las cosas tales como son á fin de que estés prevenido contra las mordeduras de las serpientes. Kornemann es mi profesor de dibujo; durante las

lecciones se ha enamorado de mí, lo cual no me ha molestado, porque estoy acostumbrada á esas cosas; y lejos de disminuir su celo de profesor, ha ocurrido precisamente todo lo contrario; este verano me ha seguido á los baños del mar, porque no puede pasar un solo día sin verme, gana mucho dinero y puede hacerme llegar como artista; á más le estoy agradecida porque ama á mis hijas, no como un padre, sino como un abuelo. Sin embargo, cada vez que he estado á punto de dejarme enternecer, lo han impedido sus celos feroces y su temperamento nervioso. Son dos cosas que no puedo soportar. Por lo tanto, todo ha concluido, puesto que seguramente va á ser licenciado. ¿Te desagrada lo que acabo de decirte, querido mio?

En el semblante de Bruchstaedt se dejó ver un profundo descontento.

—La cosa no es ciertamente agradable, y siento mucho causar tal pena á un hombre que te ama y quiere casarte contigo.

—Piensa en ti, Gustavo, y no en él.

—Yo no pienso en él solamente, sino también en ti, querida mía. Sufro al ver que tomas determinaciones sin tener todavía una seguridad absoluta de que puedes obrar de esa manera.

—Eres delicioso, Gustavo; ¿debo yo continuar dejándome hacer el amor por Kornemann, después de pertenecerte?

—Yo no digo eso, es una fatalidad...

—Comprendo; tú no quieres que te haga un sa-

erificio; no te lo hago. No amo á Kornemann; si lo amase, no me hubiera entregado á ti, ¿ó crees que juego con cartas dobles?

—Hasta dentro de seis meses no cuentes conmigo.

—Estoy tranquila. Yo tengo tantos pretendientes como Penélope; todas las semanas he de despedir á alguno: si un día deseo únicamente proveer, si quiero completar con un marido la instalación de mi salón, la dificultad consistirá en escoger. Hace solamente unos días que el diputado Buckow—tú lo conocerás probablemente, el armador millonario—me ha confesado que hace tiempo guarda el silencio de su amor, ha puesto á mis pies su corazón y fortuna; he contestado al pobre señor que se lo agradezco en el alma, pero que no puedo aceptar su ofrecimiento porque mi corazón no siente el fuego en que se abrasa el suyo; esto, sin embargo, no lo ha desanimado, y me ha dicho que me repetirá su proposición cada dos meses, hasta que yo cambie de opinión ó me case con otro. Ya lo ves, me queda un ancla de salvación.

Á la vuelta, la joven caminaba despacio, se quejaba de que le latía el corazón y su actitud era melancólica.

—No puedo acostumbrarme á creer que te conozco hace cuatro días, y mucho menos que pasado mañana estaré á cien leguas de ti.

—La vida es cruel—murmuró el profesor maquinalmente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Y yo temo, mi querido Gustavo, que no podamos permanecer así juntos sin sentirnos trastornados. Esto de hablar de nuestra despedida es espantoso.

El profesor dirigió á su alrededor una rápida mirada y le dió, en medio de la solitaria calle, un profundo beso en los labios.

—Gustavo—añadió la joven bajando el velo á la cara—, sólo te pido que no me olvides cuando estés lejos de mí: tú no olvidarás nunca á tu Paula, ¿es verdad?

El profesor hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Pero eso no me basta; prométeme escribirme todos los días.

—¿Todos los días?—dijo el profesor con frialdad.

—Todos los días, lo exijo; no quiero ver pasar uno solo sin recibir carta tuya.

El profesor aceptó esta exigencia en un sentido relativo: «cada día» podía entenderse «con frecuencia»; esto podía prometerse.

El jueves era un día ocupadísimo: Sección pública y clausura, banquete, velada, los miembros del congreso no tendrían un momento de reposo desde la mañana hasta media noche. Estarían todo el día juntos, no dejarían de mirarse un instante, pero no podrían hablar particularmente; al terminar la fiesta, la señora Baerwald consiguió acercarse un momento á Bruchstaedt. Desde el lunes no había conseguido hablar con él á solas.

—Mi pobre Bruchstaedt—le dijo—, ya se lo advertí, cumpliendo con mi deber; ahora me lavo las manos.

—No la comprendo á usted—le contestó con un aire de inocencia que pudo pasar por estar la calle oscura, pero que no hubiera sucedido lo mismo en pleno día.

—Demasiado me comprende usted; la señora Ehrwein trata de atraparle, quiere que se case usted con ella.

—¿Por qué cree usted eso?

—Porque lo he visto, de igual modo que lo ven los demás.

—Si usted cree que la señora Ehrwein trata el matrimonio como cuestión de especulación, debe usted confesar que en cualquier otro, que no yo, debiera haber fijado sus miradas. Yo no soy, ni con mucho, un buen partido; no soy rico, ni hombre de sociedad, vivo con mi madre, de la que no me separaré por nada del mundo.

—Ó ella ignora todo eso, ó espera hacer que cambie usted de parecer.

—¿Y para qué hacer eso, pudiendo conseguir su objeto con más facilidad? Para obtener mejores partidos, no tiene que hacer otra cosa que escoger: el diputado Buckow quiere casarse con ella, el pintor Kornemann y otros muchos están dispuestos á otro tanto.

La señora Baerwald hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Pero usted cree todo eso?—le preguntó.

—Lo he oído decir—se limitó á contestar.

—Pues bien; no crea usted nada. Buckow está por su edad en condiciones de cometer una locura, pero Kornemann no. Éste no ha soñado jamás en casarse. En Berlín tenga usted la seguridad que no encontrará un solo candidato. Muchos que le hagan la corte, sí; pero marido, ninguno. El venir al congreso de naturalistas lo ha hecho con el propósito deliberado de pescar un marido. Bruchstaedt, abra usted los ojos una vez.

—Esté usted tranquila; para casarse es preciso que quieran dos.

—No estaré tranquila hasta que usted regrese á Bruselas y ella á Berlín.

No pudo decir más, porque la señora Ehrwein, que marchaba delante con el profesor Baerwald, se detuvo para esperar á la segunda pareja y á fin de hacer á la señora Baerwald una pregunta acerca del viaje. La señora Ehrwein deseaba quedarse todo el día en Magdeburgo y salir para Berlín en el tren de la noche; pero la señora Baerwald insistió en que saldrían en el tren de las ocho de la mañana, y la amante del profesor tuvo que someterse, porque parecía estar, después de todo, bajo la protección de los Baerwald.

Hacia de nuevo un tiempo gris de otoño, cuando, al día siguiente por la mañana, se encontraron en la estación, para emprender el regreso. Paula estaba pálida, tal vez porque se había levantado

antes que lo de costumbre, ó á causa del contraste de su tez delicada con la mantilla negra que había vuelto á colocarse sobre su dorada cabellera; pero estaba tranquila y tenía los ojos secos.

Baerwald se había apoderado de Bruchstaedt.

—No hemos podido cambiar cuatro palabras siquiera, querido amigo—dijo golpeándole cariñosamente en la espalda.

—En las reuniones numerosas ocurre siempre lo mismo—contestó Gustavo por decir algo.

—¿Te has despedido de los consejeros amigos? ¿Has hecho algo por obtener una cátedra?

—La concurrencia era demasiado grande—contestó sonriendo forzosamente.

Lo cierto era que desde el primer día no había visto á nadie, ni hablado á nadie tampoco, ni asistido á ninguna sección, ni fué visto siquiera por el congreso.

El conductor del tren hizo que los viajeros subieran á los carruajes. Gustavo abrazó á Baerwald y estrechó la mano á su mujer. Paula, animosa como siempre, al subir la última, se apoyó ligeramente en la mano y en el hombro de Bruchstaedt y aprovechó aquel instante para deslizar estas palabras en su oído:

—Me escribirás todos los días, ¿verdad?

No pudo decir más porque vió que la señora Baerwald tenía fijas en ellos las miradas.